

“Pelagio dijo: Cristo es nuestra esperanza; que por este pequeño montículo que ves sea España salvada y reparado el ejército de los godos (...) confiado en la misericordia de Jesucristo, desprecio esa multitud y no temo el combate con que nos amenazan. Tenemos por abogado cerca del Padre a nuestro Señor Jesucristo, que puede librarnos de esos paganos”. El obispo, vuelto al ejército, dijo: “Acercaos y pelead. Ya habéis oído cómo me ha respondido (...).

Por su parte ahora ya el predicho Alcamán mandó comenzar el combate y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encrespaban las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas. Pero al punto se mostraban las magnificencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Santa Virgen María, que estaba dentro de la cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. Y como Dios no necesita las lanzas, sino que da la palma de la victoria a la que quiere, los cristianos salieron de la cueva para luchar con los caldeos; emprendieron éstos la fuga, se dividieron en dos destacamentos, y allí mismo (...) murieron ciento veinticinco mil caldeos.

Los sesenta y tres mil restantes subieron a la cumbre del monte Auseva y por el lugar llamado Amuesa descendieron a la Liébana. Pero ni éstos escaparon a la venganza del Señor; cuando atravesaban por la cima del monte, que está a orillas del río llamado Deva (...) se cumplió el juicio del Señor: el monte, desgajándose de sus cimientos, arrojó al río sesenta y tres mil caldeos y los aplastó a todos (...).

Crónica de Alfonso II (versión rotense)